

## EL BESO

Por una de esas razones contables al estilo de ya nos vimos seis veces, ya cenamos cuatro, ya vimos dos películas juntos, ya me presentó a su familia, ya tiene un trabajo estable y yo tengo más de treinta, es que decidí que era momento de besarnos. Me dispuse a hacer de este beso un momento inolvidable, así que le coquetteé toda la noche protegida por la distancia de la mesita de café pensando, sin escucharlo, si el beso iría a tener lugar en la puerta de su casa o de la mía.

Empezaba a proyectar una vida con Julio y quería guardar hasta el último detalle que más adelante les contaría a nuestros chicos.

Resultó que Julio, que era un tipo con paciencia, la perdió ante mis cálidas insinuaciones y decidió abruptamente que el beso sería ahí nomás, a la salida del bar.

Como Julio era muy caballero no me sorprendió que quisiera abrir primero la puerta del auto de mi lado, pero fue ahí mismo que acomodó su mechón castaño para la derecha como siempre lo hacía, puso su mano detrás de mi cuello recostando mi cabeza un poquito para atrás como en las películas, impidiéndome toda movilidad, pegó su boca a la mía, dándome un segundo en su mirada como de “¿quierés?”, y siguió adelante. Era momento de querer, así que “quise”.

No nos fue bien.

Este beso que yo habría querido contar infinitamente en reuniones, asados y demás resultó un beso vacío. Más allá de mi inmovilidad física que Julio no había percatado, y de la que yo no me quejé para no romper la magia, supe al instante que ese beso no era para mí, cada papila gustativa me decía que él estaba dentro de mi boca besándose a sí mismo. Intenté mover mi lengua en pequeños círculos tratando de abrazar el frenesí de la suya, pero él estaba afuera del beso. Supe muchos años después al ver “El beso” de Gustav Klimt, que besos como esos son posibles. Tanto Julio como el cuadro estaban mostrándole a otros la boca que se le ofrecía para besar, era ese su placer y mi horror... me alejé. No quería para mí ni el deseo ni la soledad de esa boca deseada y no besada. Abrí los ojos de golpe, no se puede cerrar los ojos con un no-beso así. Un beso como de quien no quiere que le descubras ningún secreto, y lo que es peor aún no quiere saber ninguno de los tuyos. Iba a ser nuestro inexistente y último beso.

Recordé que la anterior experiencia tampoco había sido buena. Un año atrás con un poco de noia, me trasladé con nostalgia a un beso de mis épocas de estudiante. Y ahí fui en busca de recuperar todos esos besos que nos había robado el tiempo. Y resultó que el besador estaba dispuesto y el beso nos salió como de manual. Pinturita de beso, que dejaban ganas de darle la mano o una palmadita en la espalda al besador y decirle muy bueno, eh, muy bien, usted sabe lo que hace... y qué bien lo acompañé, ¿no? Diga, diga... Un beso academicista, estaban ya ahí todos los colores que ya todos habíamos visto y podíamos ver. Beso, aburrido y demodé.

Es que cada arte y cada beso responde a su época. Como “Il bacio” de Francesco Hayez, donde la sutil sombra del caballero en cuestión nos habla de su prisa. Besos furtivos dados en la corte, donde el arte y el beso denunciaban los vericuetos de las costumbres palaciegas. ¿Acaso un beso entre Montescos y Capuletos? ¿Acaso un beso antes de partir a la guerra?

Y yo quería un beso de mi época. Un beso dado porque sí. Esos que se escapan. Que ya están ahí. Quizá un beso desordenado, con un ojo a medio abrir y otro cerrado, con muchos dientes y una risa nerviosa que los choca, regulando largo de narices, esos besos que desprolijamente se acomodan a la altura de otra boca y no siempre debo ser yo en puntitas de pie, esos besos que aún no saben del otro, ese beso que te encuentra, te descubre, te cuenta pequeños circulares y húmedos secretos que luego destaparán las sábanas. O esos besos que

nunca llegan a darse. Esos besos que bajan los tonos de voz, abren vacíos, proponen silencios para que mi boca entre en la tuya y para que tu boca entre en la mía.

Yo quería un beso siglo XXI, contemporáneo. Un beso como de arte moderno, de blanco sobre fondo blanco, que abra lugar a nuestros colores.

Yo quería ese espacio blanco mucho más que su boca, mucho más que las salidas con amigos, mucho más que una casa con perros flores y chicos, mucho más que el mechón castaño de su pelo, le dije, pero él estaba tan lleno de él que no había lugar para mí, ni para estas confidencias. Julio me invitó a subir al auto, y bajé. Bajé pensando que el beso es como el arte, si no descubre, debe al menos querer cambiar algo.

Y anoté en la agenda al llegar caminando a casa:

1. Un beso no debe nunca anotarse en almanaques.
2. Un beso no debe nunca buscarse en las agendas.
3. Un beso debe siempre darse porque sí.